

PABLO NERUDA

PLENOS PODERES

TERCERA EDICIÓN
EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Edición expresamente autorizada para la
BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORÁNEA

Marca y características gráficas registradas
en la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© Editorial Losada, S. A.
Alsina 1131,
Buenos Aires, 1962

Tercera edición: 21-111-1974

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Este libro
se terminó de imprimir
el día 21 de marzo de 1974
en los talleres gráficos de la
COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,
Alsina 2049, Buenos Aires.

La edición consta de quince mil ejemplares

DEBER DEL POETA

A QUIEN no escucha el mar en este viernes
por la mañana, a quien adentro de algo,
casa, oficina, fábrica o mujer,
o calle o mina o seco calabozo:
a éste yo acudo y sin hablar ni ver
llego y abro la puerta del encierro
y un sin fin se oye vago en la insistencia,
un largo trueno roto se encadena
al peso del planeta y de la espuma,
surgen los ríos roncós del océano,
vibra veloz en su rosal la estrella
y el mar palpita, muere y continúa.

Así por el destino conducido
debo sin tregua oír y conservar
el lamento marino en mi conciencia,
debo sentir el golpe de agua dura
y recogerlo en una taza eterna
para que donde esté el encarcelado,
donde sufra el castigo del otoño
yo esté presente con una ola errante,
yo circule a través de las ventanas
y al oírme levante la mirada
diciendo: cómo me acercaré al océano?
Y yo transmitiré sin decir nada
los ecos estrellados de la ola,
un quebranto de espuma y arenales,
un susurro de sal que se retira,
el grito gris del ave de la costa.

Y así, por mí, la libertad y el mar
responderán al corazón oscuro.

LA PALABRA

NACIÓ

la palabra en la sangre,
creció en el cuerpo oscuro, palpitando,
y voló con los labios y la boca.

Más lejos y más cerca
aún, aún venía
de padres muertos y de errantes razas,
de territorios que se hicieron piedra,
que se cansaron de sus pobres tribus,
porque cuando el dolor salió al camino
los pueblos anduvieron y llegaron
y nueva tierra y agua reunieron
para sembrar de nuevo su palabra.
Y así la herencia es ésta:
éste es el aire que nos comunica
con el hombre enterrado y con la aurora
de nuevos seres que aún no amanecieron.

Aún la atmósfera tiembla
con la primera palabra
elaborada
con pánico y gemido.
Salió
de las tinieblas
y hasta ahora no hay trueno
que truene aún con su ferretería
como aquella palabra,
la primera
palabra pronunciada:
tal vez sólo un susurro fue, una gota,
y cae y cae aún su catarata.

Luego el sentido llena la palabra.
Quedó preñada y se llenó de vidas.
Todo fue nacimientos y sonidos:
la afirmación, la claridad, la fuerza,
la negación, la destrucción, la muerte:
el verbo asumió todos los poderes
y se fundió existencia con esencia
en la electricidad de su hermosura.

Palabra humana, sílaba, cadera
de larga luz y dura platería,
hereditaria copa que recibe
las comunicaciones de la sangre:
he aquí que el silencio fue integrado
por el total de la palabra humana
y no hablar es morir entre los seres:
se hace lenguaje hasta la cabellera,
habla la boca sin mover los labios:
los ojos de repente son palabras.

Yo tomo la palabra y la recorro

como si fuera sólo forma humana,
me embelesan sus líneas y navego
en cada resonancia del idioma:
pronuncio y soy y sin hablar me acerca
al fin de las palabras, al silencio.

Bebo por la palabra levantando
una palabra o copa cristalina,
en ella bebo
el vino del idioma
o el agua interminable,
manantial maternal de las palabras,
y copa y agua y vino
originan mi canto
porque el verbo es origen
y vierte vida: es sangre,
es la sangre que expresa su substancia
y está dispuesto así su desarrollo:
dan cristal al cristal, sangre a la sangre,
y dan vida a la vida las palabras.

OCÉANO

CUERPO más puro que una ola,
sal que lava la línea,
y el ave lúcida
volando sin raíces.

AGUA

TODO EN LA TIERRA se encrespó, la zarza
clavó y el hilo verde
mordía, el pétalo cayó cayendo
hasta que única flor fue la caída.
El agua es diferente,
no tiene dirección sino hermosura,
corre por cada sueño de color,
toma lecciones claras
de la piedra
y en esos menesteres elabora
los deberes intactos de la espuma.

EL MAR

UN SOLO SER, pero no hay sangre.
Una sola caricia, muerte o rosa.
Viene el mar y reúne nuestras vidas
y sólo ataca y se reparte y canta
en noche y día y hombre y criatura.
La esencia: fuego y frío: movimiento.

NACE

YO AQUÍ vine a los límites
en donde no hay que decir nada,
todo se aprende con tiempo y océano,
y volvía la luna
sus líneas plateadas
y cada vez se rompía la sombra
con un golpe de ola
y cada día en el balcón del mar
abre las alas, nace el fuego
y todo sigue azul como mañana.

TORRE

LA LÍNEA lava el mundo,
oh inmutable frescura,
oh larga espada:
cortas
el desorden,
allí queda el naufragio,
aquí la estrella,
de punto a punto a punto
circula por la línea
la pureza
y es invariable el clima,
segura la medida,
firme el muro del ángulo
mientras el aire cambia y cruza
la torre
pura
de la geometría.

PLANETA

HAY PIEDRAS de agua en la luna?
Hay aguas de oro?
De qué color es el otoño?
Se unen uno a uno los días
hasta que en una cabellera
se desenlazan? Cuánto cae
—papeles, vino, manos, muertos—
de la tierra en esa comarca?

Viven allí los ahogados?

EL DESNUDO

ESTA RAYA es el Sur que corre,
este círculo es Oeste,
las madejas las hizo el viento
con sus capítulos más claros
y es recto el mediodía como
un mástil que sostiene el cielo
mientras vuelan las líneas puras
de silencio en silencio hasta ser
las aves delgadas del aire,
las direcciones de la dicha.

EN LA TORRE

EN ESTA grave torre
no hay combate:
la niebla, el aire, el día
la rodearon, se fueron
y me quedé con cielo y con papel,
solitarias dulzuras y deberes.
Pura torre de tierra
con odio y mar lejanos
removida
por la ola del cielo;
en la línea, en la palabra, cuántas
sílabas he dicho?

Bella es la incertidumbre del rocío,
en la mañana cae
separando
la noche de la aurora
y su glacial regalo
permanece
indeciso, esperando el duro sol
que lo herirá de muerte.
No se sabe
si cerramos los ojos o la noche
abre en nosotros ojos estrellados,
si cava en la pared de nuestro sueño
hasta que abre una puerta.
Pero el sueño
es el veloz vestido de un minuto:
se gastó en un latido
de la sombra
y cayó a nuestros pies, deshabitado,
cuando se mueve el día y nos navega.

Ésta es la torre desde donde veo
entre la luz y el agua sigilosa
al tiempo con su espada
y me apresuro entonces a vivir,
respiro todo el aire,
me enajena el desierto
que se construye sobre la ciudad
y hablo conmigo sin saber con quién
deshojando el silencio
de la altura.

PÁJARO

CAÍA DE UN pájaro a otro
todo lo que el día trae,
iba de flauta en flauta el día,
iba vestido de verdura
con velos que abrían un túnel,
y por allí pasaba el viento
por donde las aves abrían
el aire compacto y azul:
por allí entraba la noche.

Cuando volví de tantos viajes
me quedé suspendido y verde
entre el sol y la geografía:
vi cómo trabajan las alas,
cómo se transmite el perfume
por un telégrafo emplumado
y desde arriba vi el camino,
los manantiales, las tejas,
los pescadores a pescar,
los pantalones de la espuma,
todo desde mi cielo verde.
No tenía más alfabeto
que el viaje de las golondrinas,
el agua pura y pequeñita
del pequeño pájaro ardiendo
que baila saliendo del polen.

SERENATA

CON LA MANO recojo este vacío,
imponderable noche, familias estrelladas,
un coro más callado que el silencio,
un sonido de luna, algo secreto, un triángulo,
un trapecio de tiza.

Es la noche oceánica, la soledad tercera,
una vacilación abriendo puertas, alas,
la población profunda que no tiene presencia
palpita desbordando los nombres del estuario.

Noche, nombre del mar, patria, racimo, rosa!

EL CONSTRUCTOR

YO ESCOGÍ la quimera,
de sal helada construí la estatua:
fundé el reloj en plena lluvia
y vivo sin embargo.

Es verdad que mi largo poderío
subdividió los sueños
y sin que yo supiera levantaban
muros, separaciones, incesantes.

Entonces fui a la costa.

Yo vi cuando nació la embarcación,
la toqué, lisa como el pez sagrado:
tembló como la cítara de Dios,
la madera era pura,
tenía olor a miel.
Y cuando no volvía,
la nave no volvía
todos se sumergieron en sus lágrimas
mientras yo regresaba a la madera
con el hacha desnuda como estrella.

Mi religión eran aquellas naves.

No tengo más remedio que vivir.

PARA LAVAR A UN NIÑO

SÓLO EL AMOR más viejo de la tierra
lava y peina la estatua de los niños,
endereza las piernas, las rodillas,
sube el agua, resbalan los jabones,
y el cuerpo puro sale a respirar
el aire de la flor y de la madre.

Oh vigilancia clara!
Oh dulce alevosía!
Oh tierna guerra!

Ya el pelo era tortuoso
pelaje entrecruzado por carbones,
por aserrín y aceite,
por hollines, alambres y cangrejos,
hasta que la paciencia
del amor
estableció los cubos, las esponjas,
los peines, las toallas,
y de fregar y de peinar y de ámbar,
de antigua parsimonia y de jazmines
quedó más nuevo el niño todavía
y corrió de las manos de la madre
a montarse de nuevo en su ciclón,
a buscar lodo, aceite, orines, tinta,
a herirse y revolcarse entre las piedras.
Y así recién lavado salta el niño a vivir
porque más tarde sólo tendrá tiempo
para andar limpio, pero ya sin vida.

ODA PARA PLANCHAR

LA POESÍA es blanca:
sale del agua envuelta en gotas,
se arruga y se amontona,
hay que extender la piel de este planeta,
hay que planchar el mar de su blancura
y van y van las manos,
se alisan las sagradas superficies
y así se hacen las cosas:
las manos hacen cada día el mundo,
se une el fuego al acero,
llegan el lino, el lienzo y el tocuyo
del combate de las lavanderías
y nace de la luz una paloma:
la castidad regresa de la espuma.

LOS NACIMIENTOS

NUNCA RECORDAREMOS haber muerto.

Tanta paciencia
para ser tuvimos
anotando
los números, los días,
los años y los meses,
los cabellos, las bocas que besamos,
y aquel minuto de morir
lo dejaremos sin anotación:
se lo damos a otros de recuerdo
o simplemente al agua,
al agua, al aire, al tiempo.
Ni de nacer tampoco
guardamos la memoria,
aunque importante y fresco fue ir naciendo;
y ahora no recuerdas un detalle,
no has guardado ni un ramo
de la primera luz.

Se sabe que nacemos.

Se sabe que en la sala
o en el bosque
o en el tugurio del barrio pesquero
o en los cañaverales crepitantes
hay un silencio enteramente extraño,
un minuto solemne de madera
y una mujer se dispone a parir.

Se sabe que nacimos.

Pero de la profunda sacudida
de no ser a existir, a tener manos,
a ver, a tener ojos,
a comer y llorar y derramarse
y amar y amar y sufrir y sufrir,
de aquella transición o escalofrío
del contenido eléctrico que asume
un cuerpo más como una copa viva,
y de aquella mujer deshabitada,
la madre que allí queda con su sangre
y su desgarradora plenitud
y su fin y comienzo, y el desorden
que turba el pulso, el suelo, las frazadas,
hasta que todo se recoge y suma
un nudo más el hilo de la vida,
nada, no quedó nada en tu memoria
del mar bravío que elevó una ola
y derribó del árbol una manzana oscura.

No tienes más recuerdo que tu vida.

AL DIFUNTO POBRE

A NUESTRO pobre enterraremos hoy:
a nuestro pobre pobre.

Tan mal anduvo siempre
que es la primera vez
que habita este habitante.

Porque no tuvo casa, ni terreno,
ni alfabeto, ni sábanas,
ni asado,
y así de un sitio a otro, en los caminos,
se fue muriendo de no tener vida,
se fue muriendo poco a poco
porque esto le duró desde nacer.

Por suerte, y es extraño, se pusieron de acuerdo
todos desde el obispo hasta el juez
para decirle que tendrá cielo
y ahora muerto, bien muerto nuestro pobre,
ay nuestro pobre pobre
no va a saber qué hacer con tanto, cielo.
Podrá ararlo y sembrarlo y cosecharlo?

Él lo hizo siempre, duro
peleó con los terrones,
y ahora el cielo es suave para ararlo,
y luego entre los frutos celestiales
por fin tendrá lo suyo, y en la mesa
a tanta altura todo está dispuesto
para que coma cielo a dos carrillos
nuestro pobre que lleva, por fortuna,
sesenta años de hambre desde abajo
para saciarla, al fin, como se debe,
sin recibir más palos de la vida,
sin que lo metan preso porque come,
bien seguro en su caja y bajo tierra
ya no se mueve para defenderse,
ya no combatirá por su salario.
Nunca esperó tanta justicia este hombre,
de pronto lo han colmado y lo agradece:
ya se quedó callado de alegría.

Qué peso tiene ahora el pobre pobre!
Era de puro hueso y de ojos negros
y ahora sabemos, por su puro peso,
ay cuántas cosas le faltaron siempre,
porque si este vigor anduvo andando,
cavando eriales, arañando piedras,
cortando trigo, remojando arcilla,
moliendo azufre, transportando leña,
si este hombre tan pesado no tenía
zapatos, oh dolor, si este hombre entero
de tendones y músculos no tuvo
nunca razón y todos le pegaron,

todos lo demolieron, y aún entonces
cumplió con sus trabajos, ahora llevándolo
en su ataúd sobre nosotros,
ahora sabemos cuánto le faltó
y no lo defendimos en la tierra.

Ahora nos damos cuenta que cargamos
con lo que no le dimos, y ya es tarde:
nos pesa y no podemos con su peso.

Cuántas personas pesa nuestro muerto?

Pesa como este mundo, y continuamos
llevando a cuestas este muerto. Es claro
que el cielo es una gran panadería.

A "LA SEBASTIANA"

YO CONSTRUÍ la casa.

La hice primero de aire.
Luego subí en el aire la bandera
y la dejé colgada
del firmamento, de la estrella, de
la claridad y de la oscuridad.

Cemento, hierro, vidrio,
eran la fábula,
valían más que el trigo y como el oro,
había que buscar y que vender,
y así llegó un camión:
bajaron sacos
y más sacos,
la torre se agarró a la tierra dura
—pero no basta, dijo el Constructor,
falta cemento, vidrio, fierro, puertas—,
y no dormí en la noche.

Pero crecía,
crecían las ventanas
y con poco,
con pegarle al papel y trabajar
y arremeterle con rodilla y hombro
iba a crecer hasta llegar a ser,
hasta poder mirar por la ventana,
y parecía que con tanto saco
podiera tener techo y subiría
y se agarrara, al fin, de la bandera
que aún colgaba del cielo sus colores.

Me dediqué a las puertas más baratas,
a las que habían muerto
y habían sido echadas de sus casas,
puertas sin muro, rotas,
amontonadas en demoliciones,
puertas ya sin memoria,
sin recuerdo de llave,
y yo dije: "Venid
a mí, puertas perdidas:
os daré casa y muro
y mano que golpea,
oscilaréis de nuevo abriendo el alma,
custodiaréis el sueño de Matilde
con vuestras alas que volaron tanto."

Entonces la pintura
llegó también lamiendo las paredes,
las vistió de celeste y de rosado
para que se pusieran a bailar.
Así la torre baila,
cantan las escaleras y las puertas,
sube la casa hasta tocar el mástil,

pero falta dinero:
faltan clavos,
faltan aldabas, cerraduras, mármol.
Sin embargo, la casa
sigue subiendo
y algo pasa, un latido
circula en sus arterias:
es tal vez un serrucho que navega
como un pez en el agua de los sueños
o un martillo que pica
como alevoso cóndor carpintero
las tablas del pinar que pisaremos.

Algo pasa y la vida continúa.

La casa crece y habla,
se sostiene en sus pies,
tiene ropa colgada en un andamio,
y como por el mar la primavera
nadando como náyade marina
besa la arena de Valparaíso,

ya no pensemos más: ésta es la casa:

ya todo lo que falta será azul,

lo que ya necesita es florecer.

Y eso es trabajo de la primavera.

ADIOSES

OH ADIOSES a una tierra y otra tierra,
a cada boca y a cada tristeza,
a la luna insolente, a las semanas
que enrollaron los días y desaparecieron,
adiós a esta y aquella voz teñida
de amaranto, y adiós
a la cama y al plato de costumbre,
al sitio vespéral de los adioses,
a la silla casada con el mismo crepúsculo,
al camino que hicieron mis zapatos.

Me difundí, no hay duda,
me cambié de existencias,
cambié de piel, de lámpara, de odios,
tuve que hacerlo
no por ley ni capricho,
sino que por cadena,
me encadenó cada nuevo camino,
le tomé gusto a tierra a toda tierra.

Y pronto dije adiós, recién llegado,
con la ternura aún recién partida
como si el pan se abriera y de repente
huyera todo el mundo de la mesa.
Así me fui de todos los idiomas,
repetí los adioses como una puerta vieja,
cambié de cine, de razón, de tumba,
me fui de todas partes a otra parte,
seguí siendo y siguiendo
medio desmantelado en la alegría,
nupcial en la tristeza,
sin saber nunca cómo ni cuándo
listo para volver, mas no se vuelve.

Se sabe que el que vuelve no se fue,
y así la vida anduve y desanduve
mudándome de traje y de planeta,
acostumbrándome a la compañía,
a la gran muchedumbre del destierro,
a la gran soledad de las campanas.

PARA TODOS

DE PRONTO no puedo decirte
lo que yo te debo decir,
hombre, perdóname, sabrás
que aunque no escuches mis palabras
no me eché a llorar ni a dormir
y que contigo estoy sin verte
desde hace tiempo y hasta el fin.

Yo comprendo que muchos piensen,
y qué hace Pablo? Estoy aquí.
Si me buscas en esta calle
me encontrarás con mi violín
preparado para cantar
y para morir.

No es cuestión de dejar a nadie
ni menos a aquellos, ni a ti,
y si escuchas bien, en la lluvia,
podrás oír
que vuelvo y voy y me detengo.
Y sabes que debo partir.

Si no se saben mis palabras
no dudes que soy el que fui.
No hay silencio que no termine.
Cuando llegue el momento, espérame,
y que sepan todos que llego
a la calle, con mi violín.

LA PRIMAVERA

EL PÁJARO ha venido
a dar la luz:
de cada trino suyo
nace el agua.

Y entre agua y luz que el aire desarrollan
ya está la primavera inaugurada.
ya sabe la semilla que ha crecido,
la raíz se retrata en la corola,
se abren por fin los párpados del polen.

Todo lo hizo un pájaro sencillo
desde una rama verde.

**A DON ASTERIO ALARCÓN,
CRONOMETRISTA DE VALPARAÍSO**

OLOR a puerto loco
tiene Valparaíso,
olor a sombra, a estrella,
a escama de la luna
y a cola de pescado.
El corazón recibe escalofríos
en las desgarradoras escaleras
de los hirsutos cerros:
allí grave miseria y negros ojos
bailan en la neblina
y cuelgan las banderas
del reino en las ventanas:
las sábanas zurcidas,
las viejas camisetetas,
los largos calzoncillos,
y el sol del mar saluda los emblemas
mientras la ropa blanca balancea
un pobre adiós a la marinería.

Calles del mar, del viento,
del día duro envuelto en aire y ola,
callejones que cantan hacia arriba
en espiral como las caracolas:
la tarde comercial es transparente,
el sol visita las mercaderías,
para vender sonríe el almacén
abriendo escaparate y dentadura,
zapatos y termómetros, botellas
que encierran noche verde,
trajes inalcanzables, ropa de oro,
funestos calcetines, suaves quesos,
y entonces llego al tema
de esta oda.

Hay un escaparate
con su vidrio
y adentro,
entre cronómetros,
don Asterio Alarcón, cronometrista.
La calle hierve y sigue,
arde y golpea,
pero detrás del vidrio
el relojero,
el viejo ordenador de los relojes,
está inmovilizado
con un ojo hacia afuera,
un ojo extravagante
que adivina el enigma,
el cardíaco fin de los relojes
y escruta con un ojo
hasta que la impalpable mariposa
de la cronometría
se detiene en su frente

y se mueven las alas del reloj.
Don Asterio Alarcón es el antiguo
héroe de los minutos
y el barco va en la ola
medido por sus manos
que agregaron
responsabilidad al minuterero,
pulcritud al latido:
Don Asterio en su acuario
vigiló los cronómetros del mar,
aceitó con paciencia
el corazón azul de la marina.
Durante cincuenta años,
o dieciocho mil días,
allí pasaba el río
de niños y varones y mujeres
hacia harapientos cerros o hacia el mar,
mientras el relojero,
entre relojes,
detenido en el tiempo,
se suavizó como la nave pura
contra la eternidad de la corriente,
serenó su madera,
y poco a poco el sabio
salió del artesano,
trabajando
con lupa y con aceite
limpió la envidia, descartó el temor,
cumplió su ocupación y su destino,
hasta que ahora el tiempo,
el transcurrir temible,
hizo pacto con él, con don Asterio,
y él espera su hora de reloj.

Por eso cuando paso
la trepidante calle,
el río negro de Valparaíso,
sólo escucho un sonido entre sonidos,
entre tantos relojes uno solo:
el fatigado, suave, susurrante
y antiguo movimiento
de un gran corazón puro:
el insigne y humilde
tic tac de don Asterio.

ODA A ACARIO COTAPOS

DE ALGÚN total sonoro
llegó al mundo Cotapos,
llegó con su planeta,
con su trueno,
y se puso a pasear por las ciudades
desenrollando el árbol de la música,
abriendo las bodegas del sonido.

Silencio! Caerá la ciudadela
porque de su insurrecta artillería
cuando menos se piensa y no se sabe
vuela el silencio súbito del cisne
y es tal el resplandor
que a su medida
toda el agua despierta,
todo rumor se ha convertido en ola,
todo salió a sonar con el rocío.

Pero, cuidado, cuidemos
el orden de esta oda
porque no sólo el aire se decide
a acompañar el peso de su canto
y no sólo las aves victoriosas
levantaron su vuelo en el estuario,
sino que entró y salió de las bodegas,
asimiló motores,
de la electricidad sacó la aurora
y la vistió de pompa y poderío.
Y aún más, de la tiniebla primordial
el músico regresa
con el lobo y el pasto pastoril,
con la sangre morada del centauro,
con el primer tambor de los combates
y la gravitación de las campanas.

Llega y sopla en su cuerno
y nos congrega,
nos cuenta,
nos inventa,
nos miente,
nos revela,
nos ata a un hilo sabio, a la sorpresa
de su certera lengua fabulosa,
nos equivoca y cuando
se va a apagar levanta
la mano y cae y sigue
la catarata insigne de su cuento.

Conocí de su boca
la historia natural de los enigmas,
el ave corolario,
el secreto teléfono
de los gatos, el viejo río
Missisipí con naves de madera,

el verdugo de Iván el Terrible,
la voz ancha de Boris Godunov,
las ceremonias de los ornitólogos
cuando lo condecoran en París,
el sagrado terror al hombre flaco,
el húmedo micrófono del perro,
la invocación nefasta
del señor Puga Borne,
el fox hunting en el condado
con chaquetilla roja y cup of tea,
el pavo que viajó a Leningrado
en brazos del benigno don Gregorio,
el desfile de los bolivianitos,
Ramón con su profundo calamar
y, sobre todo, la fatal historia
que Federico amaba
del Jabalí Cornúpeto
cuando
resoplando y roncando
creció y creció la bestia fabulosa
hasta que su irascible corpulencia
sobrepasó los límites de Europa
e inflada como inmenso Zeppelin
viajó al Brasil, en donde
agrimensores, ingenieros,
con peligro evidente de sus vidas,
la descendieron junto al Amazonas.

Cotapos, en tu música
se recompuso la naturaleza,
las aguas naturales,
la impaciencia del trueno,
y vi y toqué la luz en tus preludios
como si fueran hijos
de un cometa escarlata,
y en esa conmoción de tus campanas,
en esas fugas de tormenta y faro
los elementos hallan su medida
fraguando los metales de la música.

Pero hallé en tu palabra
la invicta alevosía
del destructor de mitos y de platos,
la inesperada asociación que encuentra
en su camino el zorro hacia las uvas
cuando huele aire verde o pluma errante,
y no sólo
eso, sino
más:
la sinaleta eléctrica que muda
toda visión y cambian las palomas.

Tú, poeta sin libros,
juntaste en vida el canto irrespetuoso,
la palabra que salta de su cueva
donde yació sin sueño
y transformaste para mí el idioma

en un derrumbe de cristalerías.

Maestro, compañero,
me has enseñado tantas cosas claras
que donde estoy me das tu claridad.

Ahora,
escribo un libro de lo que yo soy
y en este soy, Acario, eres conmigo.

REGRESÓ EL CAMINANTE

EN PLENA calle me pregunto, dónde
está la ciudad? Se fue, no ha vuelto.
Tal vez ésta es la misma, y tiene casas,
tiene paredes, pero no la encuentro.
No se traía de Pedro ni de Juan,
ni de aquella mujer, ni de aquel árbol,
ya la ciudad aquella se enterró,
se metió en un recinto subterráneo
y otra hora vive, otra y no la misma,
ocupando la línea de las calles,
y un idéntico número en las casas.

El tiempo entonces, lo comprendo, existe,
existe, ya lo sé, pero no entiendo
cómo aquella ciudad que tuvo sangre,
que tuvo tanto cielo para todos,
y de cuya sonrisa a mediodía
se desprendía un cesto de ciruelas,
de aquellas casas con olor a bosque
recién cortado al alba con la sierra,
que seguía cantando junto al agua
de los aserraderos montañosos,
todo lo que era suyo y era mío,
de la ciudad y de la transparencia,
se envolvió en el amor como un secreto
y se dejó caer en el olvido.

Ahora donde estuvo hay otras vidas,
otra razón de ser y otra dureza:
todo está bien, pero por qué no existe?
Por qué razón aquel aroma duerme?

Por qué aquellas campanas se callaron
y dijo adiós la torre de madera?

Tal vez en mí cayó casa por casa
la ciudad, con bodegas destruidas
por la lenta humedad, por el transcurso,
en mí cayó el azul de la farmacia,
el trigo acumulado, la herradura
que colgó de la talabartería,
y en mí cayeron seres que buscaban
como en un pozo el agua oscura.

Entonces yo a qué vengo, a qué he venido.
Aquella que yo amé entre las ciruelas
en el violento estío, aquella clara
como un hacha brillando con la luna,
la de ojos que mordían
como ácido el metal del desamparo
ella se fue, se fue sin que se fuese,
sin cambiarse de casa ni frontera,
se fue en sí misma, se cayó en el tiempo
hacia atrás, y no cayó en los míos

cuando abría, tal vez, aquellos brazos
que apretaron mi cuerpo, y me llamaba
a lo largo, tal vez, de tantos años,
mientras yo en otra esquina del planeta
en mi distante mal me sumergía.

Acudiré a mí mismo para entrar,
para volver a la ciudad perdida.
En mí debo encontrar a los ausentes,
aquel olor de la maderería,
sigue creciendo sólo en mí tal vez
el trigo que temblaba en la ladera
y en mí debo viajar buscando aquella
que se llevó la lluvia, y no hay remedio,
de otra manera nada vivirá,
debo cuidar yo mismo aquellas calles
y de alguna manera decidir
dónde plantar los árboles, de nuevo.

ALSTROMOERIA

EN ESTE MES de enero la alstromoeria,
la sepultada flor, la sumergida,
de su secreto sube hacia los páramos.
Y amaneció rosado el roquerío.

Mis ojos reconocen
su marca triangular sobre la arena.
Yo me pregunto
viendo
el diente pálido
de un pétalo, el regazo
perfecto de sus íntimos lunares,
el suave fuego de su simetría,
cómo se preparó bajo la tierra?
Cómo donde no había sino polvo,
pedruscos o ceniza
surgió incitante, pura, aderezada,
encrespando en la vida su hermosura?
Cómo fue aquel trabajo subterráneo?
Cuándo se unió la forma con el polen?
Cómo a la oscuridad
llegó el rocío
y ascendió con la tierna llamarada
de la flor repentina
hasta que se tejieron gota a gota,
hilo por hilo las regiones secas
y por la luz rosada
pasó el aire esparciendo la fragancia
como si allí naciera
de pura tierra seca y abandono
fecundidad florida,
frescura por amor multiplicada?

Así pensé en enero
mirando el seco ayer mientras ahora
tímida y crespa crece
la tierna multitud de alstromoeria:
y donde piedra y páramo
estuvieron
pasa el viento en su nave navegando
las olas olorosas.

INDAGACIONES

PREGUNTÉ a cada cosa
si tenía
algo más,
algo más que la estructura
y así supe que nada era vacío:
todo era caja, tren, barco cargado
de multiplicaciones,
cada pie que pasó por un sendero
dejó escrito en la piedra un telegrama
y la ropa en el agua del lavado
dejó caer en gotas su existencia:
de clima en clima fui sin saber nunca
dónde dejar mi atado que pesaba
con los conocimientos que cargué,
hasta que tanto ver y conocer,
andar y andar, pregunta que pregunta
a cada silla, a cada piedra, y luego
a tantos hombres que no respondieron,
me acostumbraron a contestar solo:
a responderme sin haber hablado:
a conversar con nadie y divertirme.
Era tal vez lo que sucede al ciego
que de tanto no ver ya lo ve todo
y a un solo punto
mira
con la insistencia sólida del buzo
que baja a un solo pozo del océano
y allí todos los peces se congregan.

Pues bien, cuando dejé
de sacudir la tierra
y mover cada cosa de su sitio
pensé que cada cual me halagaría
con un pequeño gracias o sonrisa
o parabién o paracualquier cosa,
mas no fue así y aquellos habitantes
de la ciudad terrible
alargaron un dedo,
un largo dedo muerto hacia mi vida
y con un ojo impune,
con un ojo de cíclope castrado
me vigilaron cuidadosamente:
"Disfruta de sus rentas clandestinas",
dijo un astuto y criminal cadáver.
"Tiene automóvil", dijo una beata
con un escalofrío de dolor.
Y otro pasó vestido de poeta,
elegante y colérico conmigo
porque yo no cambiaba de camisa
y no tenía amor por su gerente.
Me dije, pues, las cosas de este modo
siguen siendo y tal vez
tienen razón:
pero de tan malvado

me resolví a seguir sin saber nada,
sin reclamar dos ojos por un ojo,
ni una mano por uña:
me decreté la dicha interminable
de que hablaran los pueblos por mi canto.

C.O.S.C.

HA MUERTO este mi amigo que se llamaba Carlos,
no importa quién, no pregunten, no saben,
tenía la bondad del buen pan en la mesa
y un aire melancólico de caballero herido.

No es él y es él, es todo, es la muerte que toca
la puerta,
de puro bueno salió a abrirle Carlos,
y entre tantos que abrieron esa noche la puerta
él solo quedó afuera,
él entre tantos hombres ahora ya no vuelve.
Y su ausencia me hiere como si me llamara,
como si continuara en la sombra esperándome.

Yo si hubiera escogido para este fin de un día
un dolor entre tantos que me acechan
no hubiera separado de la noche su rostro,
injustamente hubiera pasado sin recuerdo,
sin nombrarlo, y así no hubiera muerto
para mí, su cabeza continuaría gris
y sus tranquilos ojos que ahora ya no miran
seguirían abiertos en las torres de México.

De la muerte olvidar el más reciente ramo,
desconocer el rumbo, la proa o la bodega
en que mi amigo viaja solo o amontonado
y a esta hora creerlo aún dueño del día,
aún dueño de aquella claridad sonriente
que repartió entre tantas tareas y personas.

Escribo estas palabras en mi libro pensando
que este desnudo adiós en que no está presente,
esta carta sencilla que no tiene respuesta,
no es nada sino polvo, nube, tinta, palabras
y la única verdad es que mi amigo ha muerto.

LA NOCHE EN ISLA NEGRA

ANTIGUA NOCHE y sal desordenada
golpean las paredes de mi casa:
sola es la sombra, el cielo
es ahora un latido del océano,
y cielo y sombra estallan
con fragor de combate desmedido:
toda la noche luchan
y nadie sabe el nombre
de la cruel claridad que se irá abriendo
como una torpe fruta:
así nace en la costa,
de la furiosa sombra, el alba dura,
mordida por la sal en movimiento,
barrida por el peso de la noche,
ensangrentada en su cráter marino.

CARDO

EN
el
verano
del
largo
litoral,
por
polvorientas
leguas
y
caminos
sedientos
nacen las explosiones
del cardo azul de Chile.
Espolón
errabundo,
gran agujón de moscardón morado,
pequeño pabellón de la hermosura,
todo el azul
levanta
una
copa
violeta
Y,
árido,
hostil,
amargo,
el
seco
suelo
defiende
el fuego azul
con
sus
espinas,
erizado
como un
alambre
y terco,
como
cerco
de ricos,
el
cardo
se
amontona
en
la
agresiva
fecundidad
del
matorral
salvaje
y empina

hacia
la indómita belleza
del territorio seco,
circundado
por vago cielo frío,
la sedición
azul
de sus corolas
como
invitando,
como desafiando,
con un azul
más
duro
que
una
espada
a
todos
los azules
de
la
tierra.

PASADO

TENEMOS que echar abajo el pasado
y como se construye
piso por piso, ventana a ventana,
y sube el edificio
así bajando vamos
primero tejas rotas,
luego orgullosas puertas,
hasta que del pasado
sale polvo
como si se golpeará
contra el suelo,
sale humo
como si se quemara,
y cada nuevo día
reluce
como un plato
vacío:
hay nada, no hubo nada:
hay que llenarlo
de nuevas nutriciones
espaciosas,
entonces, hacia abajo
cae el día de ayer
como en un pozo
al agua del pasado,
a la cisterna
de lo que ya no tiene voz ni fuego.
Es difícil
acostumbrar los huesos
a perderse,
los ojos
a cerrarse
pero
lo hacemos
sin saberlo:
todo era vivo,
vivo, vivo, vivo
como un pez escarlata
pero el tiempo
pasó con trapo y noche
y fue borrando
el pez y su latido:
al agua al agua al agua
va cayendo el pasado
aunque se agarre
a espinas
y raíces:
se fue se fue y no valen
los recuerdos:
ya el párpado sombrío
cubrió la luz del ojo
y aquello que vivía
ya no vive:
lo que fuimos no somos.

Y la palabra aunque las letras tengan
iguales transparencias y vocales
ahora es otra y es otra la boca:
la misma boca es otra boca ahora:
cambiaron labios, piel, circulaciones,
otro ser ocupó nuestro esqueleto:
aquel que fue en nosotros ya no está:
se fue, pero si llaman, respondemos
"Aquí estoy" y se sabe que no estamos,
que aquel que estaba, estuvo y se perdió:
se perdió en el pasado y ya no vuelve.

A E.S.S.

CINCO años
de E.,
luego seis años,
ahora nueve y medio
siempre aquí entre las algas
de Isla Negra,
entre ola y ola un niño
con la curiosidad del universo
que se abre aquí como corola verde
con todo el mar
golpeando los ojos peregrinos
y, hierba de agua y cerro,
un año más de Enrique
de Segura,
de Salazar, el nieto de don Cloro.
Sabrás más tarde
que vi
cómo crecías,
como si me mirara
una pestaña,
algo íntimo,
interno como el pulso,
y cada vez de tan largos transcurros
al ir a poner pie sobre mi arena
creciendo
apareciste
y subían tus meses,
tus años, uno a uno, de la tierra
y entrabas en la casa
con más tiempo en los ojos
y más piernas,
un centímetro más que levantaba
tu corazón de pájaro con trinos
un poco más arriba hacia el follaje,
hacia el árbol oscuro de la vida.
Y ahora con nueve años
de Enrique
aquí en el abandono de la costa
oh pequeño astronauta
te pregunto, y pregunto:
volarás en tu nave
alguna vez,
veloz como ninguno entre los ojos
de Orión que parpadean
invitándote?
Irás tu carro ardiendo
por las calles de las constelaciones,
nos traerás las algas de la luna,
de Aldebarán la piedra misteriosa,
y de la Osa Mayor una guitarra?
Ay niño
de esta arena,
Enrique de estos páramos marinos,
tal vez no irás adonde,

ni volverás jamás del sinembargo
y entre dunas y adobes
transcurrirá la línea
de una vida, terrón de arcilla espesa
sin castillo ni luna,
línea quebrada como
el litoral
herido
que desangra entre las piedras perdidas
las llaves de la cólera, la espuma
del vaivén tumultuoso
que viene y va y se queda
convertido en la arena
del olvido.

AL MISMO PUERTO

VALPARAÍSO tiene hilos,
copas de largo alcance,
redes entrelazadas.
Y bajo la espesura
de todo el mar cuando se desarrolla
y crecen una a una las escamas
de solitarios peces,
o donde los arpones
ensangrentados duermen palpitando
sueños de sal y sangre.
O más allá, en el pecho
del poeta,
Valparaíso cava
y busca y halla
y abre y deja
una red emboscada
en la firmeza:
entonces vuelan imprevistas lanzas,
máquinas
amarillas,
los hambrientos petreles,
la habitación sin rumbo
entre los cerros,
sostenida
por un pétalo puro de pintura.
Y también en el cielo
el ave atardecida,
o el ciclónico avión endurecido
como bala de luna,
todo
arriba
recibe
la emanación portuaria,
y sigilosa
la estrella se dirige
a la pobre bahía,
a las casas colgadas,
al duelo, al desamparo,
a la alegría
del fin del mar, de la sirena pobre,
de la ciudad marina
que el océano atroz no desmorona
ni sepultó el castigo de la tierra.
Tiene Valparaíso
correspondencias negras con el viento,
deudas con el rocío,
agujeros que no tienen respuestas,
explícitos alcaldes que pasean
perritos tristes al atardecer,
domingos silenciosos de sarcófago;
pero no importa, todo
se comprende
cuando por tierra o mar o cielo o hilo
se siente un golpe como

cucharada;
algo llama, algo cae,
polvo frágil de sueño,
latido o luz del agua,
imperceptible
signo,
harina o sal nocturna.
Y allí mismo doblamos
la mirada
hacia Valparaíso.

A LA TRISTEZA II

Tristeza, necesito
tu ala negra,
tanto sol, tanta miel en el topacio,
cada rayo sonríe
en la pradera
y todo es luz redonda en torno mío,
todo es abeja eléctrica en la altura.
Por eso
tu ala negra
dame,
hermana tristeza:
necesito que alguna vez se apague
el zafiro y que caiga
la oblicua enredadera de la lluvia,
el llanto de la tierra;
quiero
aquel madero roto en el estuario,
la vasta casa a oscuras
y mi madre
buscando
parafina
y llenando la lámpara
hasta no dar la luz sino un suspiro.

La noche no nacía.

El día resbalaba
hacia su cementerio provinciano,
y entre el pan y la sombra
me recuerdo
a mí mismo
en la ventana
mirando lo que no era,
lo que no sucedía
y un ala negra de agua que llegaba
sobre aquel corazón que all  tal vez
olvid  para siempre, en la ventana.

Ahora echo de menos
la luz negra.

Dame tu lenta sangre,
lluvia
fría,
dame tu vuelo atónito!
A mi pecho
devu lele la llave
de la puerta cerrada,
destruida.

Por un minuto, por
una corta vida,
qu tame luz y déjame
sentirme

perdido y miserable,
temblando entre los hilos
del crepúsculo,
recibiendo en el alma
las manos
temblorosas
de
la
lluvia.

SUMARIO

ESTOY CONTENTO con tantos deberes
que me impuse, en mi vida
se amasaron extraños materiales:
tiernos fantasmas que me despeinaban,
categóricas manos minerales,
un viento sin razón que me agitaba,
la espina de unos besos lacerantes, la dura realidad
de mis hermanos,
mi deber imperioso de vigía,
mi inclinación a ser sólo yo mismo
en la debilidad de mis placeres,
por eso —agua en la piedra— fue mi vida
cantando entre la dicha y la dureza.

EL PUEBLO

AQUEL HOMBRE me acuerdo y no han pasado
dos siglos desde que lo vi,
no anduvo ni a caballo ni en carroza:
a puro pie
deshizo
las distancias
y no llevaba espada ni armadura,
sino redes al hombro,
hacha o martillo o pala,
nunca apaleó a ninguno de su especie:
su hazaña fue contra el agua o la tierra,
contra el trigo para que hubiera pan,
contra el árbol gigante para que diera leña,
contra los muros para abrir las puertas,
contra la arena construyendo muros
y contra el mar para hacerlo parir.

Lo conocí y aún no se me borra.
Cayeron en pedazos las carrozas,
la guerra destruyó puertas y muros,
la ciudad fue un puñado de cenizas,
se hicieron polvo todos los vestidos,
y él para mí subsiste,
sobrevive en la arena,
cuando antes parecía
todo imborrable menos él.

En el ir y venir de las familias
a veces fue mi padre o mi pariente
o apenas si era él o si no era
tal vez aquel que no volvió a su casa
porque el agua o la tierra lo tragan
o lo mató una máquina o un árbol
o fue aquel enlutado carpintero
que iba detrás del ataúd, sin lágrimas,
alguien en fin que no tenía nombre,
que se llamaba metal o madera,
y a quien miraron otros desde arriba
sin ver la hormiga
sino el hormiguero
y que cuando sus pies no se movían,
porque el pobre cansado había muerto,
no vieron nunca que no lo veían:
había ya otros pies en donde estuvo.
Los otros pies eran él mismo,
también las otras manos,
el hombre sucedía:
cuando ya parecía transcurrido
era el mismo de nuevo,
allí estaba otra vez cavando tierra,
cortando tela, pero sin camisa,
allí estaba y no estaba, como entonces,
se había ido y estaba de nuevo,
y como nunca tuvo cementerio,

ni tumba, ni su nombre fue grabado
sobre la piedra que cortó sudando,
nunca sabía nadie que llegaba
y nadie supo cuando se moría,
así es que sólo cuando el pobre pudo
resucitó otra vez sin ser notado.

Era el hombre sin duda, sin herencia,
sin vaca, sin bandera,
y no se distinguía entre los otros,
los otros que eran él,
desde arriba era gris como el subsuelo,
como el cuero era pardo,
era amarillo cosechando trigo,
era negro debajo de la mina,
era color de piedra en el castillo,
en el barco pesquero era color de atún
y color de caballo en la pradera:
cómo podía nadie distinguirlo
si era el inseparable, el elemento,
tierra, carbón o mar vestido de hombre?

Donde vivió crecía
cuanto el hombre tocaba:
la piedra hostil,
quebrada
por sus manos,
se convertía en orden
y una a una formaron
la recta claridad del edificio,
hizo el pan con sus manos,
movilizó los trenes,
se poblaron de pueblos las distancias,
otros hombres crecieron,
llegaron las abejas,
y porque el hombre crea y multiplica
la primavera caminó al mercado
entre panaderías y palomas.

El padre de los panes fue olvidado,
él que cortó y anduvo, machacando
y abriendo surcos, acarreando arena,
cuando todo existió ya no existía,
él daba su existencia, eso era todo.
Salió a otra parte a trabajar, y luego
Se fue a morir rodando
como piedra del río:
aguas abajo lo llevó la muerte.

Yo, que lo conocí, lo vi bajando
hasta no ser sino lo que dejaba:
calles que apenas pudo conocer,
casas que nunca y nunca habitaría.

Y vuelvo a verlo, y cada día espero,

Lo veo en su ataúd y resurrecto.

Lo distingo entre todos
los que son sus iguales
y me parece que no puede ser,
que así no vamos a ninguna parte,
que suceder así no tiene gloria.

Yo creo que en el trono debe estar
este hombre, bien calzado y coronado.

Creo que los que hicieron tantas cosas
deben ser dueños de todas las cosas.

Yos que hacen el pan deben comer!

Y deben tener luz los de la mina!

Basta ya de encadenados grises!

Basta de pálidos desaparecidos!

Ni un hombre más que pase sin que reine.

Ni una sola mujer sin su diadema.

Para todas las manos guantes de oro.

Frutas del sol a todos los oscuros!

Yo conocí aquel hombre y cuando pude,
cuando ya tuve ojos en la cara,
cuando ya tuve la voz en la boca
lo busqué entre las tumbas y le dije
apretándole un brazo que aún no era polvo:

"Todos se irán, tú quedarás viviente.

Tú encendiste la vida.

Tú hiciste lo que es tuyo."

Por eso nadie se molestó cuando
parece que estoy solo y no estoy solo,
no estoy con nadie y hablo para todos:

Alguien me está escuchando y no lo saben,
pero aquellos que canto y que lo saben
siguen naciendo y llenarán el mundo.

PLENOS PODERES

A PURO SOL escribo, a plena calle,
a pleno mar, en donde puedo canto,
sólo la noche errante me detiene
pero en su interrupción recojo espacio,
recojo sombra para mucho tiempo.

El trigo negro de la noche crece
mientras mis ojos miden la pradera
y así de sol a sol hago las llaves:
busco en la oscuridad las cerraduras
y voy abriendo al mar las puertas rotas
hasta llenar armarios con espuma.

Y no me canso de ir y de volver,
no me para la muerte con su piedra,
no me canso de ser y de no ser.

A veces me pregunto si de dónde,
si de padre o de madre o cordillera
heredé los deberes minerales,

los hilos de un océano encendido
y sé que sigo y sigo porque sigo
y canto porque canto y porque canto.

No tiene explicación lo que acontece
cuando cierro los ojos y circulo
como entre dos canales submarinos,
uno a morir me lleva en su ramaje
y el otro canta para que yo cante.

Así pues de no ser estoy compuesto
y como el mar asalta el arrecife
con cápsulas saladas de blancura
y retrata la piedra con la ola,
así lo que en la muerte me rodea
abre en mí la ventana de la vida
y en pleno paroxismo estoy durmiendo.
A plena luz camino por la sombra.